

“Los diagnósticos en la infancia: ¿Se pueden clonar?”

En la devolución diagnóstica, la terapeuta, sin mediación, le dice a los padres de Alan y Pedro (dos niños mellizos de 3 años): “Tener un niño autista es un problema, pero ustedes tienen dos problemas”...A continuación le extiende la batería de evaluaciones que le ha tomado.

Nicolás tiene tan solo 2 años y dos meses, el diagnóstico lapidario concluye: “Nicolás cumple criterios para el diagnóstico de trastorno del espectro autista. De acuerdo a los criterios utilizados en las escalas correspondientes. Presenta alteraciones a nivel socio-comunicacional y conductual”.

Los padres de Alan y Pedro, los mellizos de tres años, preocupados y ansiosos concurren a la devolución de la entrevista diagnóstica, realizada por una destacada institución, por diferentes profesionales de las áreas de: terapia ocupacional, neurolingüística y neuropsicología. En el jardín maternal, al cual concurren los niños, les sugirieron la posibilidad de realizar el proceso diagnóstico. Ellos, papas responsables y primerizos, accedieron con muy buena voluntad.

El padre relata del siguiente modo el comienzo de la devolución diagnóstica: “Entramos al consultorio, nos dimos la mano con mi señora y esperamos unos minutos lo que iban a decir de nuestros hijos. Entra la terapeuta y casi sin mirarnos nos dice así: “Tener un niño autista es un problema, pero ustedes tienen dos problemas.”

Atónitos, los papás, se quedan sin respuesta, reciben pasivamente los informes de sus pequeños. Angustiados y preocupados, poco a poco, logran superar ese primer momento de escozor y gran tensión. Comienzan a darse cuenta que los informes (tres de Alan y tres de Pedro) son exactamente iguales, parecen clonados, inclusive en uno de ellos-continúa diciendo el papá-cambian el nombre de uno por el otro. Nos dimos cuenta que no los diferenciaban, para ellos son lo mismo. Nos dicen todo igual de los dos, como si fueran uno y mis hijos son cada uno diferente. No es lo que pasa en casa. Estos informes no son mis hijos. Alan y Pedro, no son esto. Me genera mucha bronca y me violenta que nos traten así”. A continuación, me entregan los seis informes para que corrobore lo que dicen.

Efectivamente los informes testimonian dramáticamente la tremenda realidad que sufren y explicitan con vehemencia los papás. Solo describiremos textualmente una parte de ellos, escritos, enunciados y dichos exactamente igual. Lo único que cambia son los nombres y hasta es en ese detalle, se equivocaron e intercalaron a Alan con Pedro, total son iguales, son autistas, corresponden al espectro y plantean hacer lo mismo, de la misma manera, con iguales indicaciones y metodología.

El informe de terapia ocupacional textualmente concluye: “Alan es un niño de tres años (exactamente lo mismo dicen para Pedro), que presenta en la actualidad, un desempeño ocupacional diario descendido en relación a lo esperable para su edad, en todas las áreas de desarrollo (motriz, cognitiva, social, lenguaje). Recomendaciones terapéuticas: estimular actividades sensoriales, variadas apropiadas, basadas en la idea de que cada individuo requiere una cierta cantidad de estímulos y sensación para estar alerta, sentirse organizado y calmo.

b) Incrementar la habilidad para usar la información sensorial en el aprendizaje y para comprender e interactuar con personas y objetos del medio. c) Estimular el aprendizaje de habilidades en específicas en motricidad fina y en praxias, manipulación de herramientas y materiales como ser tijera, lápiz y tenedor”.

En el área de fonoaudiología (neurolingüística) se repite exactamente las mismas recomendaciones e indicaciones para los dos niños, a saber: “1) Seguir el liderazgo, 2) Trate todo lo que el niño haga como intencional y como propósito, 3) Extienda el deseo del niño y algunas veces “hagas el tonto”, 4) Diferencie sus acciones de las de él, 5) Ayúdelos a hacer lo que quieren hacer, 6) Tenga juguetes sensoriales, a cuerda y de causa efecto mano para atraer la atención e interés del niño, 7) Dele al niño un problema para resolver, 8) No tome un “NO” como respuesta. Deshacer lo que usted hizo es una respuesta, 9) Aliente a la exploración y las opciones del niño, 10) Dele nuevos significados a conductas viejas, 11) Únase al niño de manera que lo disfrute pero no se aleje del enojo”.

Finalmente el informe de neuropsicología concluye del siguiente modo, otra vez exactamente igual para ambos: “Según la presente evaluación (Alan y por supuesto también, Pedro) cumple criterios diagnósticos de trastorno del espectro autista. Se sugieren actividades como: a) cantar canciones acompañadas con gestos, b) incorporar rutinas de imágenes de un libro, c) cuando ve a un animalito, ya sea un dibujo o fotografía, debe imitar su sonido, d) nombrar las acciones mientras la va realizando, e) hablarle claro, sin distorsionar el nombre de las cosas. Finalmente, se sugieren a los padres los mismos libros como bibliografía sobre el tema”.

El ímpetu e índice diagnóstico de evaluación y escalas de aprendizajes, cognitivas, estadísticas, cuantificables, visibles, ejercitables impera cada vez más en nuestro medio, sin ningún tipo de contemplación. Importa mucho más la cantidad de prestaciones, de evaluaciones, el aprendizaje de habilidades, (sociales, lingüísticas, comunicativas, de hábitos) que el rescate de la singularidad y la historicidad de la problemática en cuestión.

Importa mucho más el rendimiento, la eficacia, la performance, la exigencia, que cualquier tipo de relación con otro, en este caso, con un niño pequeño. El concepto de cuerpo y básicamente de cerebro que prevalece es evidentemente el de una máquina-archivo, que hay que llenar-trasvasar, con conductas, información, comportamientos, hábitos, técnicas, metodologías del aprendizaje, los cuales, rápidamente y eficazmente tienen que memorizarse, para responder adecuadamente a los nuevos pedidos. De esta manera, el cerebro-archivo responde al estímulo. Sin duda, este proceso elimina cualquier plasticidad, tanto la riqueza de las nuevas sinapsis neuronales como la imaginación del pensamiento simbólico.

La plasticidad se basa en la transformación que produce la experiencia sensiblemente relacional con otro, donde se transmite un deseo subjetivo. Cuando se trata de la infancia, el armado de la experiencia infantil como fuente libidinal es fundamental para la constitución de la subjetividad y la construcción de todo el aparato representacional.

Si la propuesta técnica, clínica y educativa se basa en indicaciones, señalamientos, conductas metodológicas, donde se privilegia la reproducción rutinaria de los mismos carentes de subjetividad en escena. En este caso, el niño puede aprender, pero este aprendizaje será sin invención, ni recreación de la propia imagen corporal en él. De este modo, retorna anónimamente como pura reiteración automática. A nivel cerebral, lejos de la plasticidad se produce un proceso estéril de habituación, que empobrece el circuito y la transmisión neuronal.

Recordemos que la plasticidad, implica necesariamente que la experiencia infantil generada por el niño al relacionarse con otro produce una huella, que lo transforma hasta producir otro nuevo acontecimiento, impredecible e imposible antes de realizarlo. En este sentido, la plasticidad es efecto de la singularidad simbólica que el niño crea a medida que se relaciona con el mundo del afuera, para conformar su propia imagen corporal.

Nicolás tiene tan solo 2 años y dos meses, el diagnóstico lapidario concluye: “Nicolás cumple criterios para el diagnóstico de trastorno del espectro autista. De acuerdo a los criterios utilizados en las escalas correspondientes. Presenta alteraciones a nivel socio-comunicacional y conductal”.

Nicolás es un niño muy pequeño, su mirada, esquiva, rápida, la viscosidad de gestualidad relacional, cierta seriedad, la postura rígida, tensa y al mismo tiempo, efímera e intensa, me conmueve desde el primer instante al conocerlo. Nada y absolutamente nada de ello, coincide con el diagnóstico rápido y certero que los diagnosticadores de turno lanzaron sobre él y sus padres, desestimando y desdibujando cualquier funcionamiento parental-filial. Ante este pronóstico, “su hijo es un TEA (Trastorno del espectro autista)”. ¿Cómo construir la función del hijo? ¿Es posible rearmar el funcionamiento de la función materna y paterna?

Al entrar al consultorio, sin mirarme, camina directamente hacia la cocina (como si estuviera atraído por un imán), gira la canilla y apenas sale el agua, la toca, la mira, parece continuar el recorrido de ella. Tengo la sensación que quisiera agarrarla, el líquido se escurre una y otra vez entre sus manos, los dedos palpitan entre el líquido que cae y el borde de la canilla. Está atento al movimiento del agua, al chorro que no se detiene. Procuero saludarlo, mirarlo, hablarle, jugar con él, pero pese a mi intento, no logro atravesar esa fusión con el objeto agua. La experiencia que Nicolás realiza tiende a fijarse en la misma acción. Él con el agua se aísla del otro. Sin duda, crea un modo excepcional (en el sentido de exceso) con ella, que lo remite a un círculo encerrado, sin más salida que la reproducción. La fijeza de lo que hace no admite fisuras, ni interrupción.

Espontáneamente se dirige a las canillas, puede ser de la cocina o de los baños, para volver a encontrarse en ese mismo lugar. La experiencia del agua no deja ninguna huella, ella se pierde en el recorrido, insignificante del agua chorreando por los bordes hasta perderse en el agujero de la rejilla.

La escena descrita se repite a lo largo de las primeras entrevistas, ante el intento de apartarlo del agua, Nicolás se desespera con gritos, llantos, autoagresión, berrinches y angustia que aumenta proporcionalmente hasta lograr otra vez, abrir la canilla y quedarse extasiado, gozando del movimiento del chorro de agua, cuya finalidad, no tienen ningún fin. En un momento, toma una taza, la llena de agua, luego agarra otra que está vacía y trasvasa el líquido de una taza a otra, sin derramar el líquido por fuera de los recipientes. Atentamente ejecuta la acción, sin miradas ni sonidos de por medio. El movimiento se consume en el mismo acto que produce. Pasa agua de una taza a otra y vuelve a empezar cada vez de nuevo, sin ningún tipo de diferencias y sin aceptar ningún esbozo de alteridad.

Nicolás, en definitiva, construye una experiencia en la cual está solo, desolado ocupa el tiempo en realizar un espejo de agua que lo refleja sin consecuencias y logra gozar corporalmente, solitariamente del encierro que lo aísla. Comparto con él ese momento solitario y decido intervenir. Lo hago hablándole al agua para que pare de chorrear, de moverse, entonces, la saludo: “Hola agua, ¿cómo estás?, hola”. Nicolás no me mira, está fascinado, fusionado con ella, cambio el tono y la prosodia de voz, como si fuera agua (títere) respondo: “Hola Esteban, hola Nicolás, hola...”

“Hola”, exclamo: “¿Todo bien?”, como agua respondo: “Si, todo bien, pero estoy un poco cansada, me voy a ir, chau Nicolás, chau Esteban, chau”. A continuación, cierro la canilla...Se genera la ausencia del agua. Nicolás gira, me mira...descubro por primera vez la mirada que me mira en la fugacidad chispeante del momento. Intenta abrir la canilla, como no puede, toma mi mano y la lleva hacia ella. Antes de abrirla, reencuentro la mirada de Nicolás y le digo: “Nico, llamemos al agua”... “Agua, agua, queremos que venga, vení, agua, agua...”. Vuelve a agarrar con su mano la mía, abre la canilla y sale el agua, aprovecho para saludarla, ella nos responde y tiende a repetirse la misma escena, a fijarse y detenerse en esa pequeña serie.

La ausencia del agua, crea la pausa, abre un espacio donde habitan nuestras miradas. Mirándonos, llamamos al agua, le digo: “Nicolás, llamémosla, agua, agua, vení”, él me mira, produce un esbozo de gestualidad y exclamo: “A la una...a las dos...y a laaas...”, sonrío, abro la canilla y volvemos a comenzar. Sin embargo, presiento que una diferencia empieza a instalarse, a inscribirse en los siempre igual del movimiento unívoco y fijo del agua Nicolás. Entre ellos, otra vitalidad comienza a originarse en la palabra, la gestualidad, encarnada en el deseo de relacionarme con él. En este sentido, entre el agua y Nicolás comienza a generarse una primera apertura que procura ensanchar y crear otra escena.

Cuando Nicolás llega con la mamá, ya en el ascensor comienzo a hablarle al agua y de algún modo, comenzamos a jugar con ella, dice el agua: “quiero jugar con Nicolás, estoy esperándolo, vamos a jugar”. El agua como personaje nos invita a contar una historia, a jugar alegremente por el placer de jugar entre nosotros.

Cuando Nicolás abre la canilla, gira, se sonrío, me mira, si bien se encierra en la acción, a diferencia de la secuencias anteriores, está atento a la gestualidad y a las palabras. Frente a la ausencia del agua, instantáneamente, instalamos la dialéctica en suspenso entre la presencia y la ausencia de ella. El agua comienza a devenir objeto, ya no de goce, de una experiencia gozosa y encerrada en sí misma, sino que deviene objeto de deseo. El agua se expresa, habla, canta, demanda, piensa y puede irse (ausencia) o llegar a jugar (presencia).

Cada vez que el agua no está, la llamo: “Aguaaaa, aguaaaa, vení, no te vayas...aguaaaa...”, dirigiéndome a Nicolás, le digo: “¿La llamamos?, aguaaaa, aguaaaa...”. En la quinta sesión diagnóstica, cuando se repite la escena descrita y cierro la canilla, Nicolás, espontáneamente, empieza a decir: “Aguuu, aaaa, aguuu, aaa...”. Estamos en el baño y la mamá sostiene a Nicolás desde atrás para que no se caiga. Él abre la canilla, sale el agua. Cambio la voz y como personaje-agua, exclamo: “Yo ahora estoy muyyyy, muyyyy cansado, chau Nicolás”. Cierro la canilla, Nicolás me mira, en ese instante, realiza un giro gestual y mira a la mamá, ella sonrío y él vuelve a la canilla, exclama: “Agu...aaaa....agu...aaaa”, sin dejar de mirarnos, sonrientes, festejamos la gestualidad de Nicolás, juntos abrimos la canilla y compartimos ese momento gestual con la mamá, donde se enuncia con claridad una demanda.

El “aguu..aaa” de Nicolás como sonoridad cautivante, surge cada vez con más fuerza, en especial cuando el líquido se va y no vuelve. La mamá acompaña la escena, juntos sostenemos el escenario. La experiencia gestual, la palabra, el sonido, pone en escena el camino del placer del deseo de desear y da paso a la demanda como don de amor hacia el otro. Ese instante vivaz, vital, es pequeño, comienza, sucede, pero al poco tiempo vuelve a aquietarse, a detenerse y el movimiento del agua, el chorro, inunda todo el escenario. Ante ello, miro a la mamá, a Nicolás y afirmo: “Uy que calor, voy a mojarme la cabeza bajo el agua”, entonces la interrogo: “¿Vos, querida agua, querés mojarme el pelo?”...ella responde: “Si, si”. A continuación, meto la cabeza entre el agua y el grifo. El chorro me moja por completo el rostro, al hacerlo, exclamo: “Que lindo mojarme el pelo, los ojos, la nariz, la frente, la boca, la cara...ahora agua, sos mía, mía, agua mía, agua mía, mía...”

Nicolás reacciona, intenta sacarme de allí, me empuja, trata de agarrarme del pelo...como no puede, digo: “Ay, ay, es mía, es mía, el agua es mía”. Finalmente, salgo debajo del chorro de agua. Nicolás sonríe, lo toca, entre los dedos, el agua se derrama y al mismo tiempo que lo realiza, dice: “Meaa, meaa, meaa, mía, mía”. Sorprendido, empapado, sonrío, nos miramos con la mamá, sonrientes ante la gestualidad, en la complicidad latente de un acontecimiento fundante. Ahora Nicolás exclama: “Mía, mía, mía”.

El mía de Nicolás se constituye en el entredós del encuentro trasferencial entre Nicolás, la mamá y Esteban. De esta manera, jugando, comienza a apropiarse del mía, mío, mía, posición que remite a la constitución de la imagen corporal que enriquece y despliega la escena. Mojado, mojados, empapados por el agua, termina la sesión. La imagen del cuerpo se constituye en ese espacio relacional y simbólico, en donde la presencia y la ausencia, la demanda y el deseo, generan la apertura a la plasticidad (neuronal y simbólica) que le permitirá a Nicolás, comenzar a enunciar la palabra desde la experiencia infantil. Ella lo representa como sujeto y no como un diagnóstico, un pronóstico, una etiqueta o un objeto.

Transformar la experiencia con el agua de objeto solitario, desolado y gozoso, en un personaje (títere), donde se narra una historia a partir de un deseo. Historiza la naciente gestualidad relacional y configura la subjetividad a partir de este acontecimiento. Él deja huellas (ya no en el agua) sino en el cuerpo, en las cuales, un sujeto, Nicolás, podrá reconocerse en el placer del encuentro con otro, lo que hace que él pueda ser, por unos segundos, otro, sin encerrarse en la soledad insípida del agua.

El agua transformada en objeto de deseo, en espejo subjetivo, abre el camino del placer como inscripción en el encuentro con otro, sostenido en una experiencia escénica, que invoca y convoca el deseo de desear, como único modo, irremediable, de humanizar la vida.

Esteban Levin
estebanlevin@lainfancia.net
www.facebook.com/LaInfancia
www.lainfancia.net